

LA LOCURA

María Navarro

«Tal vez fue la locura la que me impulsó a viajar. Puede que fuera la locura. Yo decía que había sido la cultura. Claro que la cultura a veces es la locura, o comprende la locura. Tal vez fue el desamor el que me impulsó a viajar. Tal vez fue un amor excesivo y desbordante. Tal vez fue la locura.»

Locura, en palabras de Roberto Bolaño, que en el horizonte de cada existencia, desde el Antiguo Egipto hasta hoy, en la mayéutica de Sócrates, entre las líneas limpias y asesinas de Jonathan Swift, en el viaje a la oscura noche de Fausto o en el tormento de Iván Karamázov y en tantos otros, ha sido, es y será un tema que convive con la poesía, la literatura y el arte. Dijo Platón en Fedro que los delirios de las profetisas de Delfos y de Dodona rindieron mil servicios a los ciudadanos de Grecia. Algunas veces ha ocurrido que cuando los dioses afligían al pueblo, un santo delirio se apoderaba de algún mortal, convirtiéndolo en profeta, permitiendo así que hallara un remedio a esos males. Y que también hay otra clase de delirio, que es el inspirado por las Musas que excita el alma para que embellezca con los versos las gestas de los héroes.

Pero tal y como sucede con la mayoría de conceptos, no ha sido un término estático, a través de los años, la evolución, en ocasiones retroceso, de la cultura y sus paradigmas, ha ido cambiando y moldeando sus nociones y perspectivas sobre ella. Y si los discursos y prácticas de lenguaje la han fijado, en el campo de la creación le ha permitido, sin embargo, un espacio donde la errancia le da al sujeto la posibilidad de contornear la verdad que lo constituye y nombra. La posibilidad de decir de otra manera, más allá del cartesiano, pienso, luego soy. Pues son muchos los creadores que en los escenarios más diversos del arte, han tenido comportamientos excéntricos, aspecto, que en ocasiones se ha llegado a generalizar como que hay que ser un poco loco para crear. Siendo la causa, sin embargo, el que la locura comparte, en cierto modo, una comunidad de estructura con la creación pues tanto la creación como la locura suponen la confrontación del sujeto con un vacío, al lugar de una falta de significante en el Otro.

De tal manera que si la creación mantiene vecindad con la locura, a su vez esta tiene una gran capacidad de invención, y esto, cuando se escribe —y se escribe siempre sobre un lienzo, ya sea para el poema o el trazo pictórico—, resuena en el lector, lo lleva a un territorio desconocido que entra en resonancia con la locura propia, con el sinsentido que a todos nos habita. Y que si para algunos supone la perdición, pues hay horror y dolor en la locura, «no hay nadie que jamás haya escrito o pintado, esculpido y modelado, construido o inventado, a no ser para salir del infierno», reflexionaba un atormentado Antonin Artaud en *Van Gogh, el suicidado de la sociedad*, para otros, será el aviso para navegantes que le permita articular algún sentido, alguna construcción que le dé consistencia, más allá del saber que se le supone a la norma, pues, ¿qué saber es ése que el artista o escritor desconoce, que ningún discurso sobre la obra de arte o la escritura agota?, pero que la obra ofrece como un presente, como una criatura que escapa a su creador, ¿no será acaso el artista el que ha sido creado por su obra?

Ante esta mirada, cobran otra vida, entonces, las incursiones de Don Quijote, la transgresión de Charles Baudelaire, la locura de Susana en *Pedro Páramo* o el grito profundo y extraño de la lengua, «cuando a la casa del lenguaje se le vuela el tejado y las palabras no guarecen, yo hablo», dijo Alejandra Pizarnick, y a su manera, tantos poetas y escritores que hacen de su obra un mapa para orientarse en los bosques de la existencia y donde bajo la piel de sus textos podemos encontrarnos con una experiencia radical del lenguaje, que hace de sus obras la experiencia misma de la locura en el escrito. Artaud y Georges Bataille son un ejemplo. O la trituradora que devora la lengua como hace James Joyce en su *Finnegans Wake*.

También aquellos que sobredimensionan la realidad, como hizo Bruno Shultz en su maravilloso cuento «El sanatorio del enterrador», de *Las tiendas color canela*, en el que el padre es internado en un sanatorio donde consiguen hacer retroceder el tiempo y los pacientes viven

en una realidad paralela entre la vigilia y sueño. Que es en realidad el espacio en el que los mortales nos movemos, para no caer en la locura radical. Algunos, con la letra última que designa la muerte: «No he vivido, y lo sé.../ Tan sólo he muerto», dejó escrito Georg Trakl.

Insistiendo, como Bartleby con su «preferiría no hacerlo» revelándose no ante las normas del código penal, sino ante la ley no escrita de lo que nunca podrá escribirse, una ley que no puede abarcarlo todo, que deja un margen de libre albedrío para que el sujeto resuelva frente a ella.

También el amor, la locura que se juega en algunos encuentros, cómo no pensar en Hiroshima mon amour de Marguerite Duras: «Te encuentro. Me acuerdo de ti. Esta ciudad está hecha a la medida del amor. (...) Defórmame a imagen tuya para que nadie más después de ti comprenda ya en absoluto la razón de tanto deseo. Vamos a quedarnos solos amor mío. La noche no tendrá fin. El día no amanecerá ya para nadie. Nunca nunca más. Por fin. Me estás matando. Eres mi vida.». Porque más allá del diagnóstico y sus bodas de oro con el Mercado y las actuales prácticas de control y evaluación — ¿acaso podemos medir el impacto de una palabra, para todos por igual?— que no cesan en su batalla para que la felicidad sea la razón del existir... Witold Gombrowicz escribió con su rasgo de loca rebeldía: «Aquí se trata de la estupidez que va a la par con la razón, que crece con ella. Mirad todos esos festines del intelecto: ¡esas concepciones! ¡Descubrimientos! ¡Perspectivas! ¡Sutilidades! ¡Publicaciones! ¡Congresos! ¡Discusiones! ¡Instituciones! ¡Universidades! Y sin embargo, ¡cuánta estupidez! [...] ¿Qué hacer, pues? ¿Acabar con la “episteme”, agarrarla por la garganta, luchar con ella como Don Quijote?, ¿una vez más?»

Sí, porque ya sea en la locura de amor, en la paranoia o la obsesión, en la melancolía, el cuerpo atravesado o la psicosis —Pascal lo señaló primero, luego lo desarrolló Jacques Lacan, por el mero hecho de estar tomados por las palabras, de alguna manera, y de manera singular en las psicosis, todos estamos locos, y en algún momento, como Lol Von Stein en su arrebatado, frente a «una palabra ausencia, una palabra agujero, con un agujero cavado en su centro, ese agujero donde se enterrarían todas las demás palabras», y donde la invención, al igual que en *La nave de los locos* de Sebastian Brant, será la manera de fondear un puerto. La escritura como materialidad del ser y del vacío que lo constituye. La palabra escrita, el trazo, como respuesta que depone un poco el padecimiento de la existencia.

Hay además una denuncia en la locura, y es necesario que alguien sepa escucharla, denuncia que al igual que en la poesía o el arte, recoge lo enigmático, que es lo que habita en casi toda producción artística ya sea cine, pintura o escritura, también la música, quizás ésta como la manifestación más enigmática de todas. La de contrastar la belleza y el horror; lo familiar y lo *unheimlich*, esa inquietante extranjería que abre interrogantes o nos lega, al límite, certezas. «Desde que el pensamiento consumió su toma de poder —decía María Zambrano—, la poesía se quedó a vivir en los arrabales, arisca y desgarrada diciendo a voz en grito todas las verdades inconvenientes; terriblemente indiscreta y en rebeldía», ¿porque qué otra cosa hace la poesía y el arte que intentar lo imposible? Por eso siempre tendrá éxito, pues la derrota, la brecha abierta, la nada en todas sus formas como nos dice Panero, forma parte de su arquitectura, y además, no le interesa, resolver ese fracaso, porque su motor es justamente tratar de contornear lo que no puede ser dicho. Va tejiendo ese no puede ser con la cadencia que inscribe el sinsentido, que deviene acontecimiento cuando sorprende al lector y produce el escalofrío, acuse de recibo de la carne que no puede explicarse.

Estoy segura de que los lectores de LITORAL sabrán apreciar la aventura de esta edición, la extraña relación, casi amorosa, tanto con aquellos que pensaron la locura, y nos abrieron las puertas a otra escucha, como con los escritores, músicos y pintores que nos cedieron el agujero de su palabra y embarcaron con nosotros. Un viaje apasionante.

Son muchos, y hay muchos más que quedaron en la memoria, aunque no en el olvido, sino a la espera de un próximo encuentro en la fronda secreta del futuro.